

CAPITULO III

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS SALVAJES

La supuesta guerra de cada uno contra todos.—Origen tribal de las sociedades humanas.—Tardía aparición de la familia separada.—Hotentotes y bosquimanos.—Australianos, papús.—Esquimales, aleutas.—Los caracteres de la vida salvaje son difíciles de comprender para los europeos.—La concepción de la justicia entre los dayaks.—El derecho común.

El papel inmenso que ha desempeñado el apoyo mutuo y el mutuo sostén en la evolución del mundo animal, ha sido brevemente analizado en los capítulos precedentes. Examinaremos ahora el papel desempeñado por los mismos agentes en la evolución de la humanidad. Hemos visto cuán raras son las especies animales o los individuos que viven aislados, y cuán numerosas son las que viven en sociedades, sea para la defensa mutua, sea para la caza o para recoger provisiones, para criar a sus hijos o simplemente para gozar de la vida en común. Hemos visto asimismo que, aunque hayan tenido lugar muchas guerras entre las diferentes clases de animales, o las diferentes especies, o las diferentes tribus de la misma especie, la paz y el apoyo mutuo son la regla en el interior de la tribu o de la especie, y hemos visto que las especies que mejor saben unirse y evitar la competencia son las que tienen más probabilidades de sobrevivir y de un desarrollo progresivo ulterior. Prosperan, mientras que las especies no sociables perecen.

Sería, por lo tanto, del todo contrario a lo que conocemos de la Naturaleza que los hombres formaran ex-

cepción en una regla tan general: que una criatura desarmada, como fué el hombre en su origen, hubiese hallado la seguridad y el progreso, no en el apoyo mutuo como los demás animales, sino en una competencia desenfadada por las ventajas personales, sin consideración a los intereses de la especie. Para un espíritu acostumbrado a la idea de unidad en la Naturaleza, parece insostenible tal proposición. Y, sin embargo, por improbable y anti-filosófica que sea, no ha dejado de tener siempre partidarios. Siempre ha habido escritores para juzgar la humanidad con pesimismo. La han conocido más o menos superficialmente en los límites de su propia experiencia; sabían de la historia lo que de ella dicen los anafistas, siempre atentos a las guerras, a la crueldad, a la opresión y a nada más, y sacaron la conclusión que la humanidad no es otra cosa que una agregación flotante de individuos, siempre dispuestos a combatirse mutuamente y únicamente dificultados de hacerlo gracias a la intervención de alguna autoridad.

Esta fué la actitud que adoptó Hobbes, y mientras que algunos de sus sucesores del siglo XVIII se esforzaban por probar que en ninguna época de su existencia, ni siquiera en su condición más primitiva, la humanidad ha vivido en un estado de guerra perpetua, que los hombres han sido sociables hasta en «el estado de naturaleza» y que fué la ignorancia mejor que las malas inclinaciones naturales del hombre que impulsó la humanidad a los horrores de las primeras épocas históricas, la escuela de Hobbes afirmaba, al contrario, que el pretendido «estado natural» no era otra cosa que una guerra permanente entre individuos accidentalmente reunidos en revoltijo, por el simple capricho de su existencia bestial. Verdad es que la ciencia ha hecho muchos progresos desde Hobbes hasta nuestros días, y que nosotros poseemos bases más seguras para razonar sobre este tema que las especulaciones de Hobbes o de Rousseau. Pero la filosofía de Hobbes continúa teniendo admiradores, y últimamente hemos visto toda una escuela de escritores que, aplicando toda la terminología de Darwin mejor

que sus ideas fundamentales, han sacado argumentos de ella a favor de las opiniones de Hobbes sobre el hombre primitivo y hasta han logrado darles una apariencia científica. Huxley, como es sabido, se puso al frente de esta escuela, y en un artículo escrito en 1881 representó los hombres primitivos como una especie de tigres o de leones, privados de toda concepción ética, llevando la lucha por la existencia hasta su extremo más cruel, haciendo una vida de «libre combate continuo». Para citar sus propias palabras, «fuera de los lazos limitados y temporales de la familia, la guerra de que habla Hobbes de cada uno contra todos era el estado normal de la existencia.»

Se ha hecho observar más de una vez que el principal error de Hobbes, así como de los filósofos del siglo XVIII, consistió en suponer que la humanidad había comenzado bajo la forma de pequeñas familias aisladas, algo parecidas al género de las familias «limitadas y temporarias» de los grandes carnívoros, mientras que ahora se sabe de modo positivo que *no fué* así como comenzó la humanidad. Bien entendido, no tenemos testimonio directo respecto al modo de vida de los primeros seres humanos. Ni siquiera sabemos con certeza la época de su primera aparición; los geólogos se inclinan actualmente a ver su huella en el plioceno, hasta en el mioceno, que son depósitos del período terciario. Pero poseemos el método indirecto que nos permite arrojar alguna luz hasta sobre esta lejana antigüedad. Una investigación minuciosa de las instituciones sociales de los pueblos primitivos ha podido efectuarse en estos cuarenta últimos años y nos ha revelado entre sus instituciones actuales, huellas de instituciones mucho más antiguas, que han desaparecido hace muchísimo tiempo, pero que, sin embargo, han dejado vestigios indudables de su existencia anterior. Toda una ciencia consagrada a la embriología de las instituciones humanas se ha ido de este modo desarrollando por los trabajos de Bachofen, Mac Lennan, Morgan, Edward Tylor, Maine, Post, Kovalevsky, Lubbock y varios otros. Y esta ciencia ha establecido con certeza que la humanidad *no*

ha comenzado bajo la forma de pequeñas familias aisladas.

Lejos de ser una forma primitiva de asociación, la familia es un producto muy tardío de la evolución humana. Por lejos que nos remontemos en la paleoetnología de la humanidad, hallamos a los hombres viviendo en sociedades, en tribus parecidas a las de los mamíferos más elevados, y ha sido precisa una evolución extremadamente lenta y larga para que estas sociedades se organizaran en *gens* o en *clan*, la cual, a su vez, tuvo que sufrir otra muy larga evolución antes que los primeros gérmenes de la familia, polígama o monógama, pudiesen aparecer. Así es que fueron sociedades, bandadas, tribus —y no familias— la forma primitiva de la organización de la humanidad en sus antepasados más lejanos. A este resultado ha llegado la etnología después de laboriosas investigaciones. Y en esto ha obtenido simplemente lo que hubiera podido prever un zoólogo. Ninguno de los mamíferos superiores, salvo algunos carnívoros y algunas especies de monos, cuya declinación no cabe dudar (orangutanes y gorilas), vive en pequeñas familias errando aisladas por los bosques. Todos viven en sociedades. Por lo demás, Darwin comprendió tan bien que los monos que viven aislados no habrían podido nunca transformarse en seres humanos, que se inclinó a considerar el hombre como descendiente de una especie comparativamente débil, *pero sociable*, como el chimpancé, antes que descender de una especie más fuerte, pero no sociable, como el gorila. La zoología y la paleoetnología están así de acuerdo para admitir que la masa, no la familia, fué la primera forma de la vida social. Las primeras sociedades humanas fueron simplemente un desarrollo ulterior de estas sociedades que constituyen la esencia misma de la vida de los animales más elevados. Ciertos antropólogos que se colocan por completo al lado de estas teorías en lo que concierne al hombre, admiten a veces que los monos viven en familias polígamas, bajo la guía de «un macho fuerte y celoso». No sé hasta qué punto esta afirmación está basada sobre hechos concluyentes. Pero el pasaje de *La vida de los animales*, de Brehm, no puede ser considerado como concluyente en

este sentido. Se encuentra en su descripción general de los monos, pero sus descripciones más detalladas de las especies separadas, o no la confirman o la contradicen. Hasta en lo que se refiere a los cercopitecos, Brehm es afirmativo para decir que «viven casi siempre en bandadas y muy raramente en familias». Tocante a otras especies, el gran número de individuos que componen cada una de estas bandadas, que comprenden siempre muchos machos, hace que la familia polígama sea dudosa. Evidentemente, son necesarias más amplias observaciones.

Si nos transportamos a la evidencia positiva, vemos que las primeras huellas de los hombres, que datan del período glacial o de los comienzos de la época postglacial, prueban claramente que desde aquel tiempo el hombre vivía en masas. Los utensilios de piedra rara vez se hallan aislados, hasta cuando datan de aquella época más remota en la edad de piedra o de una época que se cree más lejana aún; al contrario, en todas partes donde se descubre un instrumento de sílex estamos seguros de hallar otros y a menudo en muy grande cantidad. En la época en que los hombres vivían en cavernas o abrigados debajo de peñascos, en compañía de mamíferos hoy desaparecidos, logrando apenas fabricar hachas de sílex de la especie más grosera, conocían ya las ventajas de la vida en sociedades. En los valles de los afluentes del Dordogna, la superficie de las rocas está en ciertos lugares cubierta de cavernas que fueron habitadas por los hombres paleolíticos. A veces están superpuestas en pisos y nos recuerdan ciertamente mucho más las colonias de nidos de golondrinas que los cubiles de los carnióvros. Tocante a los instrumentos de sílex descubiertos en estas cavernas, para servirme de las palabras de Lubbock, «puede decirse sin exageración que son innumerables». La misma cosa es verdad para las demás estaciones paleolíticas. Asimismo parece, según las investigaciones de Dartet, que en los habitantes paleolíticos de la región de Aurignac, en el Sur de Francia, la tribu entera tomaba parte en las comidas de enterramiento de los muertos. Así los hombres vivían en sociedades y poseían princi-

pios de culto por la tribu hasta en aquella tan lejanísima época.

El hecho está mejor demostrado en lo que concierne a la segunda parte, más reciente, de la edad de piedra. Las huellas del hombre neolítico han sido encontradas en cantidad innumerable, de modo que podemos reconstituir bajo muchos aspectos su modo de vivir. Cuando el gran casquete de hielo de la época glacial (que debía extenderse desde las regiones polares hasta el centro de Francia, de la Alemania central y de la Rusia central, y que en América cubría el Canadá, así como una gran parte de lo que actualmente forma los Estados-Unidos) comenzó a fundirse, las superficies libres del hielo cubriéronse al principio de marismas y de barrancas y más tarde de una multitud de lagos. (Esta extensión de la capa de hielo está hoy admitida por la mayor parte de los geólogos que han estudiado especialmente el período glacial. El Instituto geológico ruso es ya de esta opinión en lo que concierne a Rusia, y la mayor parte de los especialistas alemanes la sostienen por lo que se refiere a Alemania. Cuando los geólogos franceses estudian con más detención los depósitos glaciares, no dejarán de reconocer que casi toda la meseta central de Francia estaba cubierta por el hielo. Los lagos llenaban todas las depresiones de valles, antes que las aguas hubiesen cavado estos canales permanentes que, en una época posterior, se convirtieron en nuestros ríos. Y en todas partes donde exploremos, en Europa, en Asia, en América, en los bordes de los lagos literalmente innumerables de aquel período, cuyo verdadero nombre debiera ser «período lacustre», encontramos huellas del hombre neolítico. Tan numerosas son que no podemos dejar de asombrarnos considerando la densidad relativa de la población en aquella época. Las «estaciones» del hombre neolítico se siguen unas a otras sobre los terraplenes que marcan actualmente las orillas de los antiguos lagos. Y en cada una de estas estaciones los utensilios de piedra se hallan en tales cantidades, que es ciertísimo que estos lugares fueron habitados durante siglos por tribus bastante numerosas. Verdaderos talleres de instrumentos

de sílex testimoniando el gran número de obreros que en ellos se reunían, han sido descubiertos por los arqueólogos.

Las huellas de un período más avanzado, ya caracterizadas por el uso de vasijas, se encuentran en los montones de conchas en Dinamarca. Estos montones, como es sabido, se presentan en una extensión de dos o tres metros de espesor, de treinta a cincuenta metros de anchura y de trescientos metros o más de longitud, y son tan comunes a lo largo de ciertas partes de la costa, que durante mucho tiempo fueron considerados como productos naturales. Sin embargo, «todo lo que contienen ha servido de un modo u otro al hombre» y están tan llenos de productos de la industria humana, que Lubbock, durante una permanencia de dos días en Milgaard, desenterró más de 191 piezas de utensilios de piedra y cuatro fragmentos de alfarería. El espesor y extensión de estos montones de conchas prueban que durante generaciones y más generaciones las costas de Dinamarca fueron habitadas por centenares de pequeñas tribus que vivían juntas tan pacíficamente como viven en nuestros días las tribus fuegianas, que de igual modo acumulan estos montones de conchas.

Respecto de las habitaciones lacustres de Suiza, que representan una etapa más avanzada de la civilización, presentan muchas más pruebas de la vida y del trabajo en sociedades. Sabido es que aun en tiempo de la edad de piedra, las orillas de los lagos estaban sembradas de pueblos; cada uno estaba formado por varias cabañas construidas sobre una plataforma que descansaba sobre numerosos pilares plantados en el fondo del lago. No bajan de treinta y cuatro los pueblos, en su mayor parte datando de la edad de piedra, que han sido descubiertos sobre las orillas del lago Lemán, treinta y dos en el lago de Constanza, cuarenta y seis en el lago de Neuchâtel, y cada uno de estos pueblos es un testimonio de la inmensa suma de trabajo que fué realizado en común por la tribu, no por la familia. Ya se ha hecho observar que la vida de los hombres de las habitaciones lacustres ha debido estar muy exenta de guerras. Y probablemente

fué así, según lo que sabemos de los pueblos primitivos que aún viven en poblaciones parecidas construidas sobre pilares a lo largo de las costas.

*
* *

Se ve, hasta por este mismo corto examen, que nuestros conocimientos del hombre primitivo no son tan restringidos y que, hasta el presente, más bien son opuestos que favorables a las especulaciones de Hobbes. Además, nuestros conocimientos pueden ser completados, respecto a muchos puntos, por la observación directa de tales o cuales tribus primitivas que actualmente se hallan al mismo nivel de civilización que los habitantes de Europa en las épocas prehistóricas. Edward Tylor y Lubbock han probado suficientemente que las tribus primitivas que encontramos actualmente *no son* especies degeneradas de una humanidad que antes conociera una mayor civilización, como han sostenido algunos. Sin embargo, a los argumentos que ya se han opuesto a la teoría de la degeneración, se puede agregar lo que sigue. Excepto algunas tribus que se cobijan en las montañas menos accesibles, «los salvajes» forman una especie de cinturón que rodea las naciones más o menos civilizadas, y ocupan las extremidades de nuestros continentes, cuya mayor parte presentan aún, o presentaban recientemente, el carácter de las primeras épocas postglaciales. Tales son los esquimales y sus congéneres de la Groenlandia, de la América ártica y del Norte de la Siberia, y en el hemisferio Sur, los australianos, los papús, los fuegianos, y en parte los bosquimanos, mientras que en el interior de las zonas civilizadas no se encuentran pueblos primitivos semejantes más que en el Himalaya, en las montañas de la Australasia y en las mesetas del Brasil. Ahora bien; es necesario recordar que el período glacial no terminó de golpe en un mismo momento sobre toda la superficie de la tierra. Dura aún en la Groenlandia. Por consiguiente, en una época en que los países del litoral del Océano Indico, del Mediterráneo o del golfo de Méjico disfrutaban ya

de un clima más cálido y se convertían en foco de una civilización más elevada, inmensos territorios en el centro de Europa, en Siberia y en el Norte de América, así como en la Patagonia, en el Africa del Sur y en la Australasia meridional, permanecían en las mismas condiciones de a principios de la época postglacial, condiciones que los hacían inaccesibles a las naciones civilizadas de las zonas tórridas y subtórridas. Estos territorios eran en aquella época lo que los terribles *urmanns* del Noroeste de la Siberia son actualmente, y sus poblaciones, inaccesibles y sin contacto con la civilización, conservaban los caracteres del hombre de la primera época postglacial. Cuando más tarde la desecación hizo estos territorios más aptos para la agricultura, fueron poblados por emigraciones más civilizadas, y mientras que una parte de los habitantes primitivos quedaban asimilados por los recién llegados, otros emigraron más lejos y se establecieron donde actualmente los hallamos. Los territorios que actualmente habitan son aún (o eran recientemente) subglaciales en cuanto a sus caracteres físicos; sus artes y sus instrumentos son *los mismos* que los de la edad neolítica, y a pesar de la diferencia de las razas y de las distancias que las separan, su modo de vida y sus instituciones sociales ofrecen una semejanza notable. Por esto debemos considerarlos como fragmentos de las poblaciones de la primera época postglacial que entonces ocupaban las zonas hoy civilizadas.

La primera cosa que nos llama la atención cuando comenzamos a estudiar a los primitivos, es la complejidad de su organización de los lazos matrimoniales. En la mayor parte de los primitivos, la familia, en el sentido que atribuimos a esta palabra, se halla apenas en germen. Pero no son de ningún modo vagas agregaciones de hombres y de mujeres uniéndose sin orden según sus caprichos momentáneos. Todos tienen una organización determinada que ha sido descrita, en sus grandes líneas, por Morgan, con el nombre de organización por *gens* o por clan.

Sin entrar en detalles que nos llevarían demasiado lejos—¡es tan vasto el tema!—nos bastará decir que está demostrado actualmente que la humanidad ha atravesado,

en sus comienzos, una fase que puede ser descrita como la del «matrimonio comunal», es decir, que en la tribu los maridos y las mujeres eran comunes, sin tener muchas consideraciones a la consanguinidad. Pero también es cierto que a estas libres relaciones se impusieron algunas restricciones ya desde un período muy lejano. Primeramente se prohibió el matrimonio entre los hijos de una madre y las hermanas de esta madre, sus nietas y sus tías. Más tarde se prohibió entre los hijos y las hijas de una misma madre, y otras restricciones siguieron a estas. La idea de una *gens* o de un clan, comprendiendo todos los presuntos descendientes de un mismo origen (o mejor todos los que se habían reunido en un grupo) se desarrolló, y el matrimonio en el interior del clan fué enteramente prohibido. El matrimonio permaneció siendo «comunal», pero la mujer y el marido debían buscarse en otro clan. Y cuando una *gens* se hacía demasiado numerosa, se subdividía en varias *gens*, cada una de ellas dividida en clases (generalmente cuatro) y el matrimonio no estaba autorizado sino entre ciertas clases bien definidas. Son las condiciones que actualmente hallamos entre los australianos que hablan el kamilaruá. Respecto a la familia, sus primeros gérmenes aparecieron en el seno de la organización de los clanes. Una mujer capturada en la guerra a otro clan, y que antes hubiera pasado a pertenecer a la *gens* entera, pudo el raptor guardársela en una época posterior mediante ciertas obligaciones para con la tribu. Podía conducirla a una choza separada, después de haber pagado un cierto tributo al clan, y así se constituyó en el interior de la *gens* la familia patriarcal separada, cuya aparición marcó una fase del todo nueva de la civilización (1).

Ahora bien; si consideramos que este régimen complicado se desarrolló entre los hombres que estaban en lo más bajo de la evolución que conocemos y que se mantuvo en sociedades que no tenían más autoridad que la de la opinión pública, en seguida vemos cuán arraigados deben haber estado los instintos sociales en la naturaleza

(1) Véase apéndice VII.

humana, hasta en su estado más bajo. Un salvaje que es capaz de vivir bajo una organización semejante y de someterse libremente a reglas que chocan constantemente con sus deseos personales, no es, ciertamente, una bestia desprovista de principios éticos que no conoce freno a sus pasiones. Pero este hecho resulta aún más notable si se considera la extrema antigüedad de la organización del clan. Actualmente se sabe que los semitas primitivos, los griegos de Homero, los romanos prehistóricos, los germanos de Tácito, los primeros celtas y los primeros slavos, tuvieron todos su período de organización por clanes, muy análoga a la de los australianos, de los pielesrojas, de los esquimales y de otros habitantes del «cinturón de salvajes». Así nos es necesario admitir o que la evolución de las costumbres del matrimonio siguió la misma marcha entre todas las razas humanas, o que los rudimentos de la organización del clan nacieron entre algunos antepasados comunes de los semitas, de los arayos, de los pilinesios, etc., antes de su separación en razas distintas, y que estos usos se han conservado hasta ahora entre razas separadas hace mucho tiempo de la fuente común. Sea lo que fuere, estas dos alternativas implican una tenacidad igualmente sorprendente de la institución, puesto que todos los asaltos del individuo no pudieron destruirla durante las decenas de millares de años que existe. La misma persistencia de la organización del clan muestra cuán falso resulta representar la humanidad primitiva como una aglomeración desordenada de individuos obedientes únicamente a sus pasiones individuales y sacando ventaja de su fuerza y de su habilidad personal contra todos los demás representantes de la especie. El individualismo desenfrenado es un producto moderno y no una característica de la humanidad primitiva.

(Sería imposible discutir aquí el origen de las restricciones del matrimonio. Permítaseme únicamente hacer observar que una división en grupos, parecida a los *Hawaiians* de Morgan, existe entre los pájaros: las jóvenes nidadas viven separadas de sus padres. Una división semejante se hallaría tal vez en algunos mamíferos. Res-

pecto a la prohibición de los matrimonios entre hermanos, vino muy probablemente, no de especulaciones relativas a los malos efectos de la consanguinidad, especulaciones que parecen poco probables, sino a fin de evitar la precocidad demasiado fácil de semejantes matrimonios. Con una cohabitación estrecha, se imponía imperiosamente la necesidad de una tal restricción. Asimismo debo hacer observar que, al examinar el origen de nuevas costumbres, debemos acordarnos de que los salvajes, igual que nosotros, tienen sus «pensadores» y sus sabios, hechiceros, doctores, profetas, etc., cuyos conocimientos e ideas se adelantan a las de las masas. Con sus asociaciones secretas (otro rasgo casi universal) son ciertamente capaces de ejercer una influencia poderosa y de imponer costumbres cuya utilidad puede no haber sido aún reconocida por la mayoría de la tribu.)

Veamos ahora nuestros salvajes contemporáneos y comencemos por los bosquimanos, que están a un nivel muy bajo de desarrollo, tan bajo que no tienen habitaciones y duermen en agujeros abiertos en el suelo, a veces protegidos por un pequeño abrigo. Es sabido que cuando los europeos se establecieron en su territorio y destruyeron los animales salvajes, los bosquimanos se pusieron a robar el ganado de los colonos. Entonces comenzó una guerra de exterminio, demasiado horrible para que la contemos aquí. Quinientos bosquimanos fueron asesinados en 1774, tres mil en 1808 y 1809 por la Alianza de los Granjeros, y así por el estilo. Se les envenenaba como a ratas, fueron muertos por cazadores emboscados detrás del esqueleto de algún animal, asesinados en todas partes donde se les encontraba. De modo que nuestros conocimientos sobre los bosquimanos, sacados muy a menudo del relato de los mismos que los exterminaron, se hallan forzosamente limitados. No obstante, sabemos que cuando llegaron los europeos, vivían en pequeñas tribus (o clanes) y que estos clanes formaban algunas veces confederaciones; que tenían la costumbre de cazar en común y se repartían el botín sin disputarse; que jamás abandonaban a sus niños y daban pruebas de profundo afecto para con sus compañeros. Lichtenstein cuenta una his-

toria de lo más conmovedor sobre un bosquimano que, casi ahogado en un río, fué salvado por sus compañeros. Se despojaron de sus pieles para abrigarle, y mientras ellos tiritaban, lo secaron, le frotaron delante del fuego y untaron su cuerpo con una grasa caliente, hasta que volvió a la vida.

Y cuando los bosquimanos vieron en Johan van der Walt un hombre que les trató bien, expresáronle su reconocimiento con una abnegación de las más conmovedoras. Burchell y Moffat los representan como seres buenos, desinteresados, fieles a sus promesas y reconocidos, cualidades que no pueden desarrollarse sino cuando se practican en una sociedad estrechamente unida. Respecto a su amor por sus hijos, basta decir que, cuando un europeo deseaba apoderarse de una mujer bosquimana para esclavizarla, le robaba su hijo, segurísimo de que la madre iría a hacerse esclava para compartir la suerte de su pequeño.

Iguales costumbres sociales caracterizan a los hotentotes, que no están gran cosa más desarrollados que los bosquimanos. Lubbock los describe como «los más sucios animales», y en efecto, son sucios. Una piel suspendida de su cuello y llevada hasta que se les cae a pedazos compone todo su vestido; sus chozas las constituyen unas cuantas estacas recubiertas de esteras, sin ninguna clase de muebles. Por más que poseen bueyes y carneros, y que parece conocieron el uso del hierro antes de la llegada de los europeos, ocupan aún uno de los grados más bajos en la escala de la humanidad. Y, no obstante, todos los que los han visto de cerca alaban altamente su sociabilidad y su prontitud para ayudarse unos a otros. Si se da alguna cosa a un hotentote, la comparte inmediatamente con todos los que estén presentes. Es la costumbre que tanto llamó la atención de Darwin al estudiar a los fuegianos. Un hotentote no sabe comer solo, y por hambriento que esté, llama a los que pasen por su lado para compartir con ellos su comida. Cuando Kolben manifestó su extrañeza por este particular, recibió esta respuesta: «Es la costumbre hotentote.» Pero no es solamente una costumbre hotentote: es un hábito casi uni-

versal entre los «salvajes». Kolben, que conocía bien a los hotentotes y no pasó en silencio sus defectos, no hallaba palabras bastantes para alabar su moralidad tribal.

«Su palabra es sagrada—escribió Kolben.—Nada conocen de la corrupción y de los artificios engañosos del europeo. Viven muy tranquilamente y raras veces están en guerra con sus vecinos. Son todo bondad y buena voluntad mutuas... Los regalos y los servicios recíprocos son ciertamente su mayor placer. Su integridad, su exactitud y su celeridad en el ejercicio de la justicia, así como su castidad, son cosas en las que aventajan a casi todas las naciones del mundo.»

Tachard, Barrow y Moodie confirman plenamente el testimonio de Kolben. Quiero solamente hacer observar que cuando Kolben escribía que son «ciertamente el pueblo más amigable, el más liberal y el más benévolo que jamás hubo en la tierra», escribió una frase que continuamente ha sido desde entonces repetida en las descripciones de salvajes. Cuando los europeos encuentran una raza primitiva, lo que generalmente hacen primero es una caricatura de sus costumbres; pero cuando un hombre inteligente permanece entre estos primitivos durante mucho tiempo, los describe generalmente como «la mejor» o «la más dulce» raza de la tierra. Estos mismos términos han sido aplicados a los ostiaks, a los samoiedos, a los esquimales, a los dayaks, a los aleutas, a los papús, etc., por los más autorizados escritores. Recuerdo asimismo haberlos leído aplicados a los tunguses, a los tehucktchis, a los siux y otros varios. La misma frecuencia de estos elogios es más elocuente que cualquier libro.

Los nativos de Australia no alcanzan un mayor grado de desarrollo que sus hermanos del Africa del Sur. Sus chozas tienen el mismo carácter. A menudo un ligero abrigo, una especie de mampara hecha con algunas ramas, es su única protección contra los vientos fríos. Para su alimentación son muy indiferentes: devoran cadáveres horriblemente putrefactos y en caso de carestía han recurrido al canibalismo. Cuando los europeos los descubrieron por primera vez, no tenían más que instrumen-

tos de piedra o de hueso de lo más rudimentario. Algunas tribus ni siquiera poseían piraguas y no conocían el comercio por cambios. Y sin embargo, cuando sus usos y costumbres fueron cuidadosamente estudiados, se halló que vivían bajo esta organización compleja del clan de que he hablado más arriba.

El territorio que habitan está generalmente repartido entre las diferentes *gentes* o clanes; pero los territorios de pesca y de caza de cada clan los poseen en común y el producto de la caza y de la pesca pertenecen a todo el clan, así como los instrumentos de caza y pesca. Las comidas las efectúan asimismo en común. Al igual que muchos otros salvajes, observan varias reglas relativas a las estaciones en que ciertas gomas y ciertas plantas pueden recogerse. Respecto a su moralidad, preferimos resumir las siguientes respuestas a las cuestiones planteadas en la Sociedad Antropológica de París, por Lumholtz, misionero que permaneció bastante tiempo en el Norte del Queensland.

«Los sentimientos de amistad existen en ellos en alto grado. Subvienen ordinariamente a las necesidades de los más débiles; cuidan atentamente a los enfermos, y ni los abandonan ni los matan. Estas poblaciones son canibales, pero raras veces se comen a los miembros de su propia tribu (supongo a los inmolados por principios religiosos) y únicamente se comen a los extranjeros. Los padres aman a sus hijos, juegan con ellos y les acarician. Comúnmente aprueban el infanticidio. Tratan bien a los viejos y no los matan. No tienen religión, no tienen ídolos; únicamente temen la muerte. El matrimonio es polígamo; las querellas que surgen en el seno de la tribu se dirimen por duelos a espada y a mazazos. No hay esclavos; no tienen cultivos de ninguna clase; nada de vasijas ni de vestidos; un simple delantal para las mujeres. El clan se compone de doscientos individuos, divididos en cuatro clases de hombres y cuatro de mujeres, y el matrimonio sólo es permitido entre ciertas clases y nunca en el interior de la tribu.»

Respecto a los papús, próximos parientes de estos últimos, tenemos el testimonio de G. L. Bink, que estuvo

en Nueva Guinea, principalmente en la bahía de Geelwink, desde 1871 a 1883. He aquí el resumen de sus respuestas:

«Son sociables y alegres, rien mucho. Más bien tímidos que valientes. La amistad es relativamente fuerte entre individuos pertenecientes a diferentes tribus y mucho más fuerte en el seno de cada tribu.

Un amigo paga a menudo la deuda de su amigo, estipulando que este último la reembolsará sin interés a los hijos del acreedor. Cuidan a los enfermos y a los viejos; a los viejos no les abandonan jamás, en ningún caso los matan, a no ser que se trate de un esclavo enfermo hace tiempo. A veces se comen a los prisioneros de guerra. Los niños son amados y muy acariciados. A los prisioneros de guerra viejos y débiles los matan; a los otros los venden como esclavos. No tienen religión, ni dioses, ni ídolos, ni autoridad de ninguna clase; el más viejo de la familia hace de juez. En caso de adulterio, se paga una multa y una parte de ella la ingresa la *negoria* (la comunidad). Poseen la tierra en común, pero la cosecha pertenece a los que la hicieron crecer. Tienen alfarería y conocen el comercio por el cambio. La costumbre quiere que el mercader entregue las mercancías, las que se llevan a sus moradas, y vuelven luego con sus productos indígenas que desea el mercader; si no pueden entregar estos productos devuelven las mercancías. Son «cazadores de cabezas» y persiguen la venganza de sangre. «A veces—dice Finsch—el asunto se dirime ante el rajah de Namototte, que lo termina imponiendo una multa.»

Cuando se les trata bien, los papús son muy buenos. Miklukho-Maclay abordó sobre la costa oriental de Nueva Guinea con un sólo compañero; permaneció dos años entre las tribus descritas y las abandonó pesaroso; más tarde volvió y estuvo un año más entre ellos, sin que nunca tuviera que quejarse de ningún maltrato. Verdad es que tenía por regla decir siempre la verdad y prometer lo que únicamente podía cumplir. Estas pobres gentes, que ni siquiera saben hacer fuego y lo mantienen